

José Miguel de Azaola rechaza el **bombardeo** norteamericano de Bagdad.
 Juan María Álvarez Emparanza critica la remodelación de la **casa de los Collado**.
 Luis Molinero destaca la personalidad de **Solchaga** y la importancia de su nuevo puesto.
 El **misileo** contra Irak es tratado en los comentarios de El Kiosco.

Solchaga

LUIS MOLINERO

EL ministro en funciones de Economía y Hacienda, Carlos Solchaga Catalán, deja el ministerio. Será portavoz del grupo socialista en el Congreso en sustitución de Eduardo Martín Tovar. Solchaga, el navarro de Tafalla, abandona el departamento más importante del Gobierno después de ocho años. Como era de prever, el nombramiento de Solchaga para el que probablemente es el cargo más importante de su partido en el Congreso, ha sido polémico.

«Solchaga es una persona de carácter», afirman sus amigos y sus enemigos. Algunos van más allá y aseguran que ha sido el auténtico vicepresidente del Gobierno. «Cuando disparaban a Felipe», afirmaba recientemente un alto cargo ministerial, «Solchaga se estiraba para recibir el golpe. Muy pocos han pasado más allá de su persona, más arriba... Ha recibido los ataques como un muro de contención». Un personaje de tal talla política, aunque algunos lo coloquen en el tercer apartado de la clasificación — «brutos, muy brutos y de Tafalla» — no podía salir por la gatera de la política. Felipe González, su valedor de siempre, ha apostado fuerte y ha asumido el riesgo de enfrentamiento en el seno de su propio partido para nombrar, a quien se declaró perdedor en el último Congreso del PSOE, portavoz de su mayoría en la cámara baja.

González sabe que en los próximos meses el gran debate se centrará en temas económicos y sociales. En Europa, el presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, ha llamado a capítulo a sus funcionarios para que presenten ideas a la vuelta del verano para contener el desempleo. El debate llegará a los parlamentarios de los Estados con seguridad. Habrá que discutir medidas concretas y estudiar muy cuidadosamente hasta dónde debe llegar el Estado del Bienestar para mantener la competitividad. Por ello, tener como portavoz a una persona que mantiene una sintonía total con el presidente del Gobierno en funciones y que ha demostrado su lealtad en momentos difíciles, es toda una garantía, según piensa González.

Con el nombramiento de Solchaga se abren importantes interrogantes. Por ejemplo: ¿Qué va a suceder con la ley de huelga pactada con los sindicatos? Solchaga, junto con González, se opuso a que la norma fuera aprobada en los términos pactados por el Grupo Socialista con las centrales.

Carlos Solchaga Catalán inicia una nueva etapa. Tan importante quizá como la que ha vivido en los últimos años. El Congreso, sin mayorías absolutas de ningún partido, estará más agitado que nunca. Habrá que negociar a muchas bandas, pactar cuando sea necesario e imponer el criterio propio cuando sea inevitable. Solchaga ha demostrado que no se arruga y que su estatura moral es mucho más elevada que la física. Su preparación y su orientación política indica, bien a las claras, el rumbo que González quiere dar al enunciado del «cambio sobre el cambio». El pragmatismo está asegurado en esta legislatura. La intensidad del debate la pondrá Solchaga.

El crimen y la torpeza



JOSE MIGUEL DE AZAOLA

SIN compartir en lo más mínimo el sectarismo mío de quienes cultivan y profesan un antiamericanismo sistemático, hay que denunciar con energía el ataque que en Bagdad ha destruido las instalaciones de los servicios iraquíes de espionaje y, de paso, algunas viviendas colindantes donde ha causado la muerte de un puñado de civiles.

Con todos los respetos que estas víctimas inocentes merecen también, hay que tener el valor de decir que, en este caso, la lamentable pérdida de sus vidas, con ser muy grave, es lo de menos. Cualquier operación militar un poco importante entraña muchísimas veces desgracias de este tipo, sumamente dolorosas y deplorables, pero casi siempre inevitables y, en cierta medida, involuntarias. Lo más grave, lo gravísimo de caso, es un ataque de represalias que se produce cuando todavía está sub iudice el proceso abierto contra los presuntos implicados en el atentado frustrado, del que pudo ser —y no fue— víctima el ex presidente Bush, anticipando así y prejuzgando, contra unas normas elementales de seguridad y objetividad jurídicas, la sentencia del tribunal que los juzga; un ataque claramente desproporcionado con relación al acontecimiento que se trataba de represaliar (el cual no llegó a consumarse); un ataque que se presenta a la opinión internacional como un servicio prestado al derecho de gentes y a la seguridad mundial, pero a espaldas de la ONU, o sea de la institución que, hoy por hoy, es el único guardián legítimo —legitimado, sobre todo, por los propios Estados Unidos— de ese derecho y de esa seguridad, los cuales bien sabemos que no podrá custodiar eficazmente en nuestros días, y probablemente por mucho tiempo, sin la colaboración activa de la gran potencia norteamericana; y

buena prueba de ello es que, cuando esta gran potencia no colabora —como sucede en el cumplimiento de los acuerdos onusianos sobre el contencioso árabe-israelí—, las decisiones de la ONU no se cumplen. Ahora, el gobierno que, en esa forma, se desentiende de sus obligaciones cuando así conviene a sus propios intereses, se ha anticipado a cumplir unos pretendidos deberes que nadie le ha impuesto, limitándose a dar cuenta, a posteriori, de su conducta al Consejo de Seguridad, por el cual, como dispone del derecho de veto, sabe de antemano que no va a ser condenado.

Que Sadam Husein merezca, por sus repetidas violaciones de las condiciones del armisticio pactado en 1991, éstas o parecidas reacciones, es cosa muy distinta que debe ser examinada y decidida en el propio foro de la ONU. El pretexto invocador ahora por el gobierno de Clinton es otro, por lo que a él solamente hay que referirse en este caso. Y preciso es decir que no resulta tolerable emprender una acción de este tipo exclusiva o, cuando menos, principalmente por motivos de política interior, para elevar el prestigio presidencial ante la opinión pública, ante el Pentágono, ante el Congreso o ante quien sea.

Y concurre en la presente ocasión una circunstancia particularmente agravante: el país víctima del ataque es un país árabe y, en su gran mayoría, mahometano. Mientras tanto, el Occidente está dando muestras de su escasísima o nula voluntad de

actuar con firmeza para socorrer a un Estado cuya independencia ha reconocido, también de mayoría mahometana: Bosnia. Por supuesto que, en el conflicto balcánico, los principales responsables son los europeos, y los Estados Unidos no se privan de decirlo así y de actuar en consecuencia, con muchísima razón. Pero nuestra Europa —la de los Doce— es una parte del Occidente y una parte de su instrumento militar, la Alianza Atlántica; y la cabeza de aquél y de ésta, nos guste o no nos guste, son necesariamente los Estados Unidos. A ojos del mundo, y en especial de los mundos árabe y musulmán (que en parte coinciden, y en parte no), el Occidente y su instrumento militar forman un solo bloque; y de hecho, salvo algunas matizaciones, es así. Tremenda torpeza es, en estos momentos, cuando Bosnia agoniza en el abandono, cuando los palestinos no ven el final de su calvario, cuando se agita amenazante —no para hoy, pero sí para mañana— el integrismo islámico, añadir —por meras razones de política interior— un grave motivo de queja a los muchos que ya tienen, contra nuestra parcialidad y nuestra pasividad, tanto los árabes como los musulmanes.

A propósito del fusilamiento del duque de Enghien, dijo Talleyrand con su agudeza y su cinismo acostumbrados: «Es peor que un crimen: es una torpeza». Los crímenes que se cometen en nombre de nuestra propia patria, de nuestro propio bando, de nuestra propia civilización, deben irritarnos más y a mí, personalmente, me irritan mucho más que cualesquiera otros. Cuando al crimen se suma la torpeza, hace falta que la protesta y la exigencia de responsabilidades arrecien y lleguen hasta el final. Como en lo de Watergate. Desgraciadamente, lo más probable es que no suceda así. ¡Triste Occidente!

Una histórica casa en la Parte Vieja



JUAN MARIA ALVAREZ EMPARANZA

DESDE que afloraron las obras de remodelación de la casa de los Collado, en la plazuela de la calle Esterlines, ha sido como un albadillo para todos aquellos donostiarras interesados en la conservación de aquellas edificaciones con alguna singularidad histórica. Y una de estas casas corresponde a la que fue de don Fermín de Lasala y Collado, Duque de Mandas, y uno de los más distinguidos próceres donostiarras del pasado siglo, constituyendo el citado edificio un testimonio importante de toda una época de nuestra ciudad.

Pero antes de hacer una referencia explícita a la desafortunada obra realizada en la que respecta a la parte acoplada a la fachada, conviene recordar algo de la historia del citado lugar conocido como «Casa de la Audiencia», por haber albergado ahí, en un tiempo, el Palacio de Justicia. En otros períodos acogió esta casa destinos tan distintos como centro de la masonería y, con posterioridad, también estuvo ubicado por algún tiempo el círculo carlista.

En San Sebastián fue célebre la tertulia que se reunía en esta casa de la Audiencia o más propiamente, de los Collado, en la calle Esterlines. Los Collado eran una familia santanderina que se estableció en San Sebastián a finales del siglo XVIII y disfrutaba de una sólida posición económica. Con

esta ilustre familia se emparentó la de Lasala (de origen francés y posiblemente el apellido originario era Lasalle) al contraer matrimonio don Fermín de Lasala y Urbieto, con doña Rita Collado, de cuyas nupcias nació don Fermín de Lasala y Collado, Duque de Mandas, ilustre personalidad donostiarras.

Entre otras personalidades que se reunían en la casa de los Collado, merece destacar a don Claudio Antón de Luzuriaga, que sobresalió muy pronto en esta célebre tertulia, así como los hermanos Brunet fundadores de una banca, que existió hasta mediados del siglo actual; también los Echagüe, una familia muy liberal donostiarras, alguno de cuyos miembros destacó brillantemente como el general Rafael de Echagüe y Bermingham; don Joaquín Mendizábal, conde de Peñaflorida; don Eustasio Amilibia —el alcalde que derribó las murallas—; don Joaquín María Ferrer, los Calbetón, Alzate, etcétera.

Desde esta histórica casa se decidía tácticamente el destino donostiarras. Así lo entendieron también otros ayuntamientos que otorgaron a los dueños de esta casa —y a ciertos contertulios— el honor de otorgarles los nombres de calles. En sesión del 20 de abril de 1853, se acordó denominar la plazuela de la Aduena, con el nombre de Lasala, en recuerdo de don Fermín de Lasala, porque «hizo mucho bien y mereció el aprecio y simpatías de la población». En sesión del 9 de noviembre de 1926, el paseo de Atocha se cambió su nombre por el de «Duque de Mandas», en memoria de don Fermín de Lasala y Collado, quien legó el parque de Cristina-Enea, así como su importante biblioteca y hemeroteca.

Pues bien, si a nuestra ciudad no le sobran testimonios físicos de su pasado, lo lógico es hacer un esfuerzo de conservación de aquellos que de alguna manera son testigos de ese pasado. Y si esta histórica casa tenía que ser remodelada para una función pública como lo es un ambulatorio, lo indicado hubiera sido mantener en lo posible la fachada y no haberle adosado un petacho que rompe la armonía arquitectónica exterior, constituyendo ese petacho un atentado a la estética de tan entrañable lugar. Conviendría reconsiderar la situación y quitar semejante armatoste de cemento que invade el jardincillo de la que fue histórica casa de los Collado y antigua Audiencia.